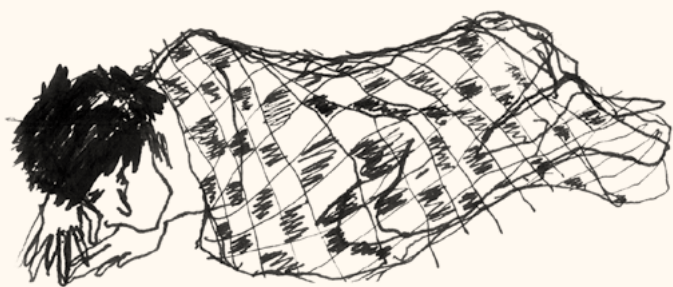


INTEMPERIE



EDITORES

Sebastián Aguiar, Gabriel Gatti, María Martínez,
Natalia Montealegre Alegría y Marcelo Rossal

INTEMPERIE

Editores:

Sebastián Aguiar, Gabriel Gatti, María Martínez,
Natalia Montealegre Alegría y Marcelo Rossal.

Esta publicación ha sido posible gracias al financiamiento de la Agencia Estatal de Investigación de España (proyecto Vidas descontadas, PID2020-113183GB-I00), la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) y el Espacio Interdisciplinario de la Universidad de la República.

Agradecemos a estudiantes e integrantes de nuestros equipos de investigación por el apoyo y la curiosidad permanente, al colectivo Nitep por la confianza de tantos años y sus valiosos aportes para este libro. Finalmente, nuestra enorme gratitud a todas las personas, cosas y lugares con los que compartimos instancias de trabajo de campo en diferentes partes del mundo.

© Las autoras y autores, 2025

© Alter ediciones, 2025

Diseño: Manosanta desarrollo editorial

Corrección de estilo: Dayín Horne

Fotografías: Todas las fotografías pertenecen a las autoras y autores excepto aquellas con pie de foto.

Ilustraciones de portada e interior: Hernán Mengod

ISBN: 978-9915-9835-3-0

Imprenta: Mastergraf SRL

Depósito legal: XXXXX

Esta edición se terminó al cuidado de Manuel Carballa, en la ciudad de Montevideo, en el mes de noviembre de 2025.

TABLA DE CONTENIDOS

INTEMPERIE

CONTANDO VIDAS SIN REFUGIO.

Sebastián Aguiar, Gabriel Gatti, María Martínez,
Natalia Montealegre Alegría y Marcelo Rossal /5

A S

C A

1. **HOGAR.** Niñas y niños secuestrados:
una cascada de desapariciones
Claudia Fonseca /37
2. **CUNA.** Madres y Familiares, entre la organización y la intemperie
Lauren Isach, Sofía Lans, Serrana Mesa,
Natalia Montealegre Alegría y Marcelo Rossal /53
3. **CARPA.** El refugio, un extraño palíndromo que se puede leer
tanto de dentro para fuera como de fuera para dentro
Gabriel Gatti, Ignacio Irazuzta y María Martínez /87
4. **GALPÓN.** Trabajo Social a la intemperie
Soledad Camejo y Santiago Zorrilla de San Martín /109

A

L

Z

A

P

5. **VEREDA.** La quietud en el tránsito.
Ignacio Irazuzta y Daniela Rea /127
6. **ÁRBOL.** Campamentos en la intemperie
e instauración de lo cotidiano
Sebastián Aguiar, Eloisa Ibarzabal y Cecilia Matonte /149
7. **BANCO.** ¿Representar la precariedad? Del espejo ajeno a la plaza
Gustavo Remedi /201

ONTE
C N
EDOR

8. **INODORO.** Existencias descontadas en los baños.
¿A quién protege el trabajo protegido?
Gerardo Sarachu /229
9. **CELDA.** Caminos repetidos de violencia, calle y prisión
Fiorella Ciapessoni Capandeguy /243
10. **SOBRE.** A quien corresponda
David Casado-Neira, Gabriel Gatti, Ignacio Irazuzta,
Carolina Kobelinsky y María Martínez /257

UNI
VER
SI
DAD

11. **MANO.** Enunciaciones a la intemperie
Noelia Correa García /273
12. **OREJA.** (Des)bordes del acompañamiento encarnado:
tramas comunitarias que sostienen la vida
Sofía Benech, Dulcinea Cardozo, Tacuabé González,
Alejandro Guevara y Emiliano Urtiaga /285
13. **PLUMA.** Un paseo breve por París, entre expectativas
(frustradas), espectáculos (engañosos) y especulaciones
(imprescindibles para conocer la vida a la intemperie)
Gabriel Gatti, Elixabete Imaz y Carolina Kobelinsky /311

REFERENCIAS. /341

ESCRIBEN. /359

CONSTELACIÓN DEL COLCHÓN.

David Casado-Neira, Carolina Kobelinsky y Daniela Rea /368

INTEMPERIE

Contando vidas sin refugio

Este libro se enmarca en un proceso de trabajo desarrollado entre dos equipos universitarios, que amalgama investigaciones, afectos y convicciones compartidas. Los equipos se radican fundamentalmente en las universidades públicas del Uruguay y del País Vasco, pero tienen socias y amigos en España, Brasil, Estados Unidos, Francia y México. La diversidad disciplinar no es menos variada: confluimos personas que investigamos en antropología social, ciencias políticas, estudios literarios, periodismo, psicología, sociología, trabajo social.

El tópico donde todas estas miradas convergen es la intemperie; abordan las formas de expulsión y de refugio y desrefugio implicadas. También los límites que encontramos para poder contarla y dar cuenta de ella, y compartimos nuestra preocupación por encontrar los lenguajes teóricos, pero también analíticos para hacerlo. El equipo del País Vasco, ViDes (Vidas Descontadas), viene realizando investigaciones atendiendo a un fenómeno planetario y masivo, el descuento constante, silencioso, invisible de más y más sujetos de los cuentos compartidos; su desaparición (Gatti, 2022). Ese fenómeno, que otros han atendido con nombres diferentes, pero de resonancias similares —expulsión (Sassen, 2015), vidas precarias (Butler, 2006), o vidas desperdiciadas (Bauman, 2005)— es producto de la crisis de aquello que se suponía consolidado: el Estado social, la integración, la protección (Castel, 2004; Merklen, 2018; Rose, 2007), y su desborde radical. Un mundo de refugiados sin refugios a decir de Haraway (2019). En él no sólo nos quedamos (casi) sin sociedad; nos quedamos también sin lenguajes para dar cuenta de ello.

El equipo uruguayo, Trayectorias, estudia la situación de calle en Montevideo en colaboración con «Ni todo está perdido» (Nitep), una organización de «gente de calle». Allí, aquí, en la capital más al Sur en

las Américas, antiguo ejemplo de desarrollo del Estado de bienestar allende los países centrales (Vanger, 1983), por distintas razones se multiplica en el último siglo la cantidad de personas que viven y duermen en la intemperie, y los instrumentos de refugio se ven no menos desbordados que en otros lugares del mundo (Ciapessoni, 2019). Expulsiones presentadas como fracasos individuales, situaciones a las que se reacciona de forma iracunda, superficial, fracturando el lazo social.

Así como no ha sido fácil para los viejos instrumentos de protección (de lo) social contener expulsiones e intemperies, también hay dificultades para contar lo que lo desborda. En las disciplinas y ciencias sociales hablamos un idioma heredado, que se muestra profundamente incapaz de dar cuenta de esto que sucede, pese a sus pretensiones de seguir aún comprendiendo; tanto para contarlos (¿cuántos son?), en el sentido de la prognosis (¿cuántos serán?) como para aportar cuentos, historias en común, políticas y relatos que contengan y den lugar a intercambios entre distintos, que ofrezcan espacios de discusión ciudadana y permitan rehabilitar diálogos provechosos, más allá de las artes del bienestar, pero si fuera posible, también al servicio de ellas.

Este libro parte entonces de la confluencia de esos equipos universitarios y de esa conciencia de que hay (cada vez más) situaciones *fuera de alcance*. Viene de atrás, de viejas colaboraciones, de muchas discusiones, de viajes cruzados e intercambios. Hay un tejido tras él. Y hay un momento en que salió un hilo que invitaba a contar con este artefacto, el libro, para pensar en común sobre asuntos similares y a hacerlo de manera que reflejase no solo el qué de lo que queríamos contar, sino también nuestras inquietudes sobre cómo hacerlo. Convergamos: no de todas las cosas se puede hablar igual, no todos los textos sirven para hablar de todo. ¿Qué texto necesita la vida a la intemperie? ¿Cómo se puede hablar de todo eso, y es mucho, que se escapó de nuestras maneras de contar, de las heredadas, de las que conocíamos? Que quizás funcionaron, ¿pero funcionan todavía?

Ese hilo se enredó con fuerza en el seminario «Fuera de alcance. Narrativas a la intemperie».¹ Antes de él, hubo varios momentos en común, que les contamos a través de tres escenas. La primera refiere a un primer debate entre los equipos, un encontronazo placentero, de esos que hacen que la Academia valga, a veces, la pena, y se cuenta en dos momentos, espejados; la segunda recorre los pasos previos y la dinámica del seminario mismo, los acuerdos, los disensos, las incomodidades que compartimos. Finalmente, un tercer apartado presenta la estructura del libro y sus contenidos a través de la descripción de un paseo que hicimos juntas, singular, por algunos lugares de la vida a la intemperie montevideana.

Escena I.

La inquietación y el encuentro en la calle

SEMINARIO 3: Tercer piso de la Facultad de Ciencias Sociales, Udelar
Montevideo, 9 de junio de 2023

La jornada finalizó en la Facultad de Ciencias Sociales de la Udelar, en donde Nitep se constituyó como sujeto colectivo*, charlando

1 Realizado en el Campus Luisi-Janicki de la Universidad de la República con el auspicio y financiamiento de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC-Udelar) y el proyecto ViDes (Vidas Descontadas), entre los días 11 y 13 de diciembre de 2023. Participaron del seminario las personas que firman los textos de este libro más Tania Flores, Denis Merklen, Helena Modzelewski y Cynthia Sarti.

* **N. de E.:** El colectivo Nitep es referido varias veces a lo largo del libro; la nota 1 de «Campamentos en la intemperie e instauración de lo cotidiano», de Sebastián Aguiar, Eloísa Ibarzabal y Cecilia Matonte, da cuenta de su origen y del camino recorrido por el Colectivo desde 2018, año en que fue fundado.

con algunos miembros del equipo del proyecto Trayectorias. Ellos también se fundaron como sujeto investigador en ese momento, cuando se juntaron con los que hasta entonces eran la materia de su observación (Marcelo y Natalia, junto a Sebastián, lo cuentan muy bien en el artículo de *Papeles* que salió en el número de septiembre de 2023 [Aguir, Montealegre y Rossal, 2023]). Nos espera Sebastián con un «rico café» y alguna cosita más para crear ambiente agradable. No sabemos bien la naturaleza de la reunión, tampoco lo saben quienes integran el equipo "Trayectorias". Es parte de la idiosincrasia quizás, sí, es eso, pero también responde a la —perdón— *naturaleza* del grupo: diverso, móvil, en su voluntad de *hacerse haciendo*, y ellos lo hacen en coordenadas que nos resultan singulares, atentas a cómo se fusionan no tanto entre sí, sino a cómo trabajan juntas con eso, *su objeto*, para que este —el objeto— no lo sea, o no sea solo eso, o que lo sea reflexivamente.

Aunque su lenguaje no está exento de estereotipos, compromisos y ciertos lugares comunes —los «equipos mixtos», la «autoría compartida», «les otros»—, a nosotros dos, que venimos de una universidad que si se conecta con el exterior lo hace a base de fuerza y flecha (Le Guin, 2022) y dice cosas de resonancias agresivas como «intervención» o «transferencia», la idea de extensión, tan latinoamericana, nos llama la atención por sus prácticas de fusión con un entorno que no es solo contexto sino medio. Viven ahí. Un poco de envidia da.

Contamos lo nuestro. Hablamos de las nuevas desapariciones, que no son como las originarias, de espacios de (des)aparición, de las vidas descontadas, de la preocupación por contar lo que no se puede contar, de los nombres de los nuevos desaparecidos, de la desaparición social y de las desaparecidas vivas. También damos cuenta de nuestras metodologías, que son multisituadas y de menor profundidad etnográfica que las tuyas aunque puede que de mayor resonancia sociológica y, sin duda, de mayor amplitud geográfica:

nuestros objetos los pensamos moviéndose por el mundo, y si podemos vamos a su encuentro. Mostramos nuestra inquietud por el agotamiento del lenguaje de las ciencias sociales para entender y analizar todo eso, también por su actitud, y hasta por su moral, la de las ciencias sociales. Abogamos, y es casi ya una rutina del equipo de ViDes, por un lugar común de ese común pequeño que somos, por develar y dejar atrás el lenguaje heredado.

La charla es improvisada, pero funciona, pues circula y hace fluir lo que el grupo que nos escucha trabaja; resulta que conectan bien, muy bien, con lo que dijimos. Hablan luego ellas de su «objeto», de sus preocupaciones, de sus proyectos, que son intervenciones. Nos explican su trabajo de extensión, lo que nos fascina. Nos cuentan del trabajo con Nitep, que nos asombra, también del librote del equipo Trayectorias (Aguiar et al., 2022), y de los dilemas éticos, entre otras cosas el que afecta a la autoría compartida con el «objeto». Vemos los parecidos con cosas que hemos visitado por aquí y por allá (los muertos de la calle franceses, los que mueren por habitar la calle en Montevideo, los sistemas de refugios, y los achiques: «habitar de manera temporal un área» [*ibid.*]). Apreciamos también las singularidades locales (en el lenguaje del rescate, en las tramas normativas del refugio, en el trabajo con el objeto/sujeto de investigación, en el foco en un caso de estudio). Valoramos su poderoso trabajo de mapeo, a partir del que conversamos sobre modos de contar (con números) que se salen del canon, o que lo estiran, y compartimos percepciones sobre lo contado y lo incontado y lo contable y lo que no. Muchos consensos. Es Uruguay.

Pero en un punto, por suerte, disentimos, y la reunión, para bien, se brota: una de las miembros del equipo confiesa lo (felizmente) inquieta que la deja esta conversación y propone sin quererlo, un concepto maravilloso, la *inquietación*. Es algo así como la alteración que provoca la escucha de algo que da tanto placer como miedo, placer

porque ayuda a pensar distinto lo que se sabe que es necesario pensar distinto, miedo porque la introducción de esa diferencia puede suponer la ruptura de algunos acuerdos intocables. Es incomodidad y es expectativa. Y tiene varias manifestaciones.

La primera manifestación de la *inquietación* es por la condición de los habitantes de la calle, por su expulsión de la condición humana, más que por eso, por la viabilidad analítica de llamarles exhumanos o no humanos (Weheliye, 2014).

La segunda *inquietación* se le parece, y viene de pensar en el efecto que produciría la expresión pública de esa duda —¿funciona el concepto heredado de humanidad para la gente que ha sido expulsada de esa condición?— en un espacio público y académico remiso a aceptar ese debate por la percepción de la necesidad de sostenerlo y la incomodidad de sentir esa necesidad. Es algo que se comprende mejor, quizás, atendiendo a una cierta clave local, la de un país seguro de sus medidas para la integración social, que son viejas, que funcionaron, en las que creyeron y que ahora despiertan dudas, muchas dudas.

Y la tercera *inquietación* es igualmente local. O acaso no tanto. Tiene que ver con la demanda de nuevas perspectivas, lenguajes, datos, de nuevas formas de contar. Uruguay es un lugar donde cuesta creer que no todo el mundo esté, esto es, que haya población fuera de registro, que no se mida, población para la que el Mides, que es un sector del Estado que mide, no la tenga registrada. ¿La habrá? Y si no la hay, si está contada, ¿quiere eso decir que se tiene en cuenta, que se cuida? Y si sí la hay, ¿no será que, quizás, no tenemos los lenguajes para contarla bien, porque, quizás, no cuentan, no hacen sentido a nuestra manera, la de Uruguay, pero no solo la de Uruguay, de ver, percibir, pensar, sentir, las cosas con sentido? Un cierto mundo, muy ajeno, muy lejano, de mapeo difícil, *sinsentidoso*, se asoma fuera del territorio confortable de lo que sabemos contar

y medir. Es inquietante, sí. *Inquietacionante*, habría que decir, que es algo más que eso.

ENCUENTRO EN LA PLAZA: Plaza de los 33 Orientales (de los bomberos)
Montevideo, 10 de junio de 2023

Para que todo se precipitase tuvimos un poco de fortuna. Nuestra reunión en Facultad había sido valiosa pero también tensa: por momentos se elevó la voz, discutimos en serio con una intensidad que aquí no se acostumbra, obligándonos a pensar nuevamente. En Trayectorias nos quedamos luego un rato largo intentando digerir lo que había sucedido, con una mezcla de sensaciones: había felicidad, estímulo y también un poco de irritación. Hacía falta otra *inquietación* para que se concretara el trabajar juntos.

Al día siguiente María y Gabriel, de ViDes, se acercaron a una actividad que organizamos junto a Nitep en la Plaza de los Bomberos, en la principal avenida de Montevideo: el segundo Encuentro en la calle. Una jornada de conversación política, politizante, en la que esta vez participaron casi doscientas personas en situación de calle, sobre tres temas: los refugios, la vida y la muerte en la calle y el acceso a la vivienda.

Era pleno invierno, un día helado. En cada mesa de debate, con gazebos que las demarcaban, nueve en total ocupando toda la plaza, estudiantes de la asignatura de Metodologías participativas en la Facultad de Ciencias Sociales tomaban aceleradamente nota de lo que se decía, casi una transcripción. Las personas iban circulando por las distintas mesas a razón de media hora en cada una, y las conversaciones eran en general concentradas, relevantes, respetuosas, críticas. Sentadas, sentados, hacían juego con esa escultura

de Einstein y Vaz Ferreira charlando situada en una esquina de la plaza. Gabriel y María paseaban, escuchaban, observaban. Nosotras y nosotros íbamos de un lado para otro, intentando propiciar que las cosas fluyeran.

Tras terminar los debates, en el rato en que se almorzaba corrimos a la Facultad de Ciencias Sociales a organizar un texto de cada tema. ¿Cómo dar cuenta de todo lo dicho? Habíamos imaginado armar una selección de frases literales para buscar un poema, una larga serie de versos. Esa sería la síntesis de la jornada: las palabras puestas en juego, reordenadas. En ese rato hubo algunas tensiones en la plaza, pero la música, cumbia a todo volumen, calmó las cosas. Volvimos, y delegados de Nitep leyeron los poemas: entusiasmo, convicción, pura potencia, aplausos. Luego, en la rápida caída de la noche invernal, cada uno retornó a su refugio, su árbol, su casa, con las mantitas de colores que se regalaba a las y los participantes. Fue un día especial ese 10 de junio (Gatti et al., 2025).

María y Gabriel venían insistiendo, basándose en su trabajo de campo en otros numerosos contextos y también aquí en Uruguay, en que ya no había habla, voz ni escucha que pudiera tender puentes. Decían esto desde condiciones muy distintas de producción a las nuestras y quizás algo coloniales: las academias europeas, los proyectos de decenas de miles de euros, las lecturas rabiosamente contemporáneas, las estancias de investigación en distintos países. A su vez, el análisis era riguroso, informado, inteligente, actual: es contradictorio esperar una comunicación plena, y significa acotar la magnitud del problema, que es de algún modo indecible; es necesario discutir con cabal radicalidad el abandono de la humanidad, compartido por ambas figuras: la de los desaparecidos y la de vidas descontadas (Gatti, 2022). Pensar que podemos interpretarlas o restaurar el sentido linealmente es una pretensión ya de por sí cómplice e inane.

Ese día, en el Encuentro en la calle, las cosas giraron un poco: hubo de todo, pero también conversaciones muy claras, acumulando,

denunciando. No es que no se pueda, no se sepa hablar, todas y todos nos dimos cuenta. Pero claro, otra vez, ¿cómo contar todo eso?, ¿hacer poemas? ¿Cómo interpretarlo? ¿Basta reordenar testimonios sin intervenir?, ¿qué sentido tiene? ¿Y cómo *dar cuenta académicamente*?

Hace tiempo que desde Trayectorias trabajamos en torno a la situación de calle *con* personas que la viven, en un proceso de investigación, enseñanza y extensión universitaria. Son varios años de permanentes sorpresas, resultados inesperados y de dificultad para transmitir lo que pasa. No queremos recurrir únicamente a los modos clásicos objetivistas, cientificistas, aunque los requerimientos de la carrera académica y la importancia de incidir en las políticas públicas nos exigen por momentos que produzcamos a la manera de siempre. Las circunstancias y lo rico de lo que está pasando nos obligan a ensayar otras formas de escribir, de pensar, y es cierto que el paradigma del sinhogarismo tiene que lograr enmarcarse en un cambio de época. Para ese ensayo, esa búsqueda, qué oportunidad entonces esta conversación con ViDes, que parten de la atinada conciencia de la extrema dificultad de hablar de todo esto.

Por otra parte estamos convencidos de algunas cosas: que en los procesos largos de trabajo etnográfico se construyen confianzas y relaciones que permiten comprender, conversar, escuchar; que las investigaciones colaborativas permiten acercarse a los distintos puntos de vista; que hay humanidad compartida, que las personas hablan idiomas y que es necesario buscar formas que hagan mejor justicia con la complejidad de las vidas en calle, con el tiempo que dedican a compartir con nosotras y nosotros, con las alteridades fuertes puestas en juego, y que permitan también luchar (sí, *luchar*) contra la injusticia radical que significa el cúmulo de desigualdades que atraviesan.

Cuarta *inquietación* entonces, *inquietación* quizás, que es algo más que eso: no es que haya por supuesto una comunicación transparente o

un especial poder académico para dar cuenta *del otro*, para restaurar *un* sentido. Pero hace falta pensar en torno a ello y quizás estar cerca, hacer tareas en común; los procesos largos (Stoller, 1989 y 2020) permiten atisbar, entrever, múltiples modos de humanidad (Stengers y Latour, 2017) y hacer mejor justicia con ellos (Derrida, 1996).

Para abordar todo esto concluimos que necesitábamos darnos el tiempo, unos días encerrados, intercambiando. Tras la *Plaza de los Bomberos* resolvimos hacer el seminario, reunirnos para inquietarnos y sumergirnos en las ruinas, juntar a más de los equipos, invitar a otras y otros para discutir, tensar los límites, buscar mantas para atrevernos a pensar la intemperie.

Escena II.

Entre escombros, hasta las narices: el seminario

SALÓN POLIFUNCIONAL: Edificio Paulina, Campus Luisi Janicki
Montevideo, 11, 12 y 13 de diciembre de 2023

No es fácil organizar un seminario internacional en Uruguay. Retazos de financiamientos, autorizaciones múltiples, disposiciones más o menos hospitalarias, encontrar espacios entre las tareas de nuestro pluriempleo. Más difícil aún gestionarlo con cierta premura.

Pensarlo nos llevó un tiempo. Las invitaciones, encontrar los ejes, desarrollar (pre)textos que fueran previamente leídos por cada participante y contarán, a su vez, con un comentarista asignado por cada bloque. Decimos (pre)textos porque se trató de poner en circulación entre todas las personas participantes una serie de documentos con mayor o menor grado de avance para discutir sus formas de contar vinculadas a los tópicos en cuestión. Estas producciones, en su

mayoría colectivas, tuvieron como provocación reflexionar sobre la vida a la intemperie y saber cómo acercarnos y acompañar ese mundo, por momentos fuera del alcance de nuestros aparatos para contar, los de la reflexión científica, los de la gestión política.

La invitación tuvo vocación comparativa e interdisciplinaria, con sensibilidad abierta al trabajo que se hace dentro y fuera de la Academia. Invitamos a madurar interrogantes que ayuden a pensar la intemperie y sus (des)cuentos partiendo de la existencia del habitar sin techo, entre otras, ¿cómo se vive (a) la intemperie?, ¿es supervivencia, sobrevivencia, persistencia?, ¿es eso vida? ¿En dónde y cómo habitan los refugiados que deambulan en un mundo sin refugios? ¿bajo qué (des)protecciones? ¿en qué regímenes de abandono? ¿Cómo se cuentan, se registran, se representan esas vidas descontadas? ¿cómo dar cuenta de eso que parece estar fuera de alcance?

El encuentro, *Fuera de alcance. Narrativas a la intemperie*, ya en su puesta en escena implicó cambiar los modos de habitar también los espacios universitarios; el primer acto fue un encuentro con escombros. Federico Arnaud colaboró con su instalación *Intemperie* (2023). El montaje integró la síntesis conceptual de esta obra para el artista:

*La intemperie está en mi mesa de luz,
justo allí donde guardo mis sueños
La intemperie está en mi basura para quien come mis restos
Restos de otro de quien mi familia se alimenta
La intemperie está dentro de las deudas
De tu hipoteca con la tierra
En la vereda de nadie y de todos
La intemperie no es democrática pero tampoco exclusiva
La intemperie es la garantía de tu paraguas chino*



Fotografía Federico Arnaud, 2023.
Instalación Intemperie, Edificio Paulina, Campus Luisi Janicki,
Universidad de la República.

Los escombros sostienen una mesa de luz antigua que resguarda cuatro tomos de un diccionario enciclopédico; mirando de frente, un Quijote de Cervantes, de madera, corroído, que en lugar de lanza tiene un palito para hacer brochet. Todo coronado con una lámpara con mástil y tulipa construida con un paraguas negro, sucio, abierto, en parte dañado; tiene sobre sí más restos de escombros. La intemperie se instala ilustrada en medio del Edificio patrimonial Paulina, majestuoso, con sus mayólicas interrumpidas, ocupado.

Las reacciones ante la obra de arte fueron varias y variadas, las lecturas polisémicas. La sorpresa, ineludible. Los sentidos atribuidos pasaron desde la situación de la Educación Pública en el país (Uruguay) a los bombardeos en la Franja de Gaza (Palestina); desde una motivación para el intercambio intelectual y sensible, al desatino burocrático. El último día de la actividad una mujer de la calle sacó

La intemperie incómoda,
multiplica lo normal.
Pero también hace a
lo excepcional del
refugio.
Felicidades por
la obra.

12/12/23

NATO
México, 13-12-23

13/12/2022

LA intemperie de la que vivimos
la intemperie que trae la tormenta
la intemperie que nos cubre o el
cobijo a la intemperie.
La intemperie es la vida
la intemperie contra la que luchamos
la intemperie que nos muere
la intemperie es la vida, desechos, resto
¿O es nuestro mundo ya una intemperie?
¿Qué cobijo buscamos, hace más, tenemos?

Escumbros, en el mundial
mundo del bello edificio repoblando
Hace tropicar, incomodar,
acostado con eufonía,
reírte. Recuerda a casa
mucha, Get, desmenuza, pin.
y el paraguas resiste de
intemperie y protege ¿Qué?
un lenguaje propio? ¿Apropiado?
Un quijote blanco y desmenuado

La intemperie y el
desecho.

El

Me tapo y pongo a cubierto
Me reconozco en mi cación.
Mi mundo se acerca a mi alrededor.
¿Necesito la intemperie?
Asumo al bicho para poder poner.
No caer, no caer.
El agujero se abre ante mis pies.
Sus palabras me calan.

Doi! 13.12.23

un tomo de la enciclopedia y lo dejó abierto sobre la pila de material de construcción deshecho, listo para la lectura en la letra i.

El encuentro fue intenso e intensivo. Se encontraban modos de hacer, idiomas, abordajes, muy diferentes, y había tensión. Porque las circunstancias, la urgencia, el desafío lo exigían. Porque la confianza no se construye rápidamente y los prejuicios tienen lugar en los principios: que si unas y unos comprometidos y otros/otres cínicos, que si unas más aburridos y otros más innovadoras, que si más o menos leídos, bienpensantes, correctos o incorrectas, más o menos *dispuestos* a interpelarnos, más o menos varones, más o menos latinoamericanos, o europeas o académicos o anclados en lugares comunes o lo contrario.

¿Cómo facilitar un ámbito de intercambio que permita decir sin que la autocensura, tan ceñida al humanitarismo contemporáneo, se imponga? La tensión sobre qué se puede y cómo se debe decir estuvo presente desde la preocupación por las referencias a trabajadores de buena voluntad de los dispositivos de protección social, a la (im)pertinencia de algunas categorías vinculadas al trabajo sexual, la trata, la prostitución... también sobre quién debe decir y quién callar porque se piensa que toma la palabra en exceso.

Discutiendo sobre la incorporación de otros sentidos en las estrategias narrativas, en la primera sesión titulada **Sensorios de la pobreza**, las preocupaciones sobre cómo incorporar el olor en nuestros textos derivó en una propuesta inesperada: pasar de la palabra a un ejercicio olfativo. Se impuso un ejercicio corporal desafiante, casi una requisa olfativa según el registro audiovisual: una académica parada de frente contra una ventana, con brazos y piernas separadas, otra académica que la huele, lenta, detenidamente... en fila, las parejas de diversa formación y equipos se recorren aceptando la invitación a husmear a fondo. Con distintas radicalidades: hay quienes no se suman. Escapan, se fastidian. Las provocaciones y su radicalidad encuentran fronteras en las tradiciones académicas y generacionales de los presentes.



Captura de registro audiovisual «Olores», Sofia Lans, 2023.

La segunda de las mesas, **Fuera de casa, desarraigos y desencajes**, problematizaba, en tiempos que se han postulado como caracterizados paradigmáticamente por la movilidad (Urry, 2007), las fricciones (Cresswell, 2014), el fuera de quicio (Derrida, 2012), el desencaje, la dislocación de las migraciones masivas expulsadas por la miseria o las guerras, las cárceles y la salida de las cárceles, el ser arrojado de o hacia una familia. En fin, se trabajaba sobre un universal antropológico, el de la casa, y se lo desbordaba, junto a otros, asociados, como el hogar, las

madres, destronados a la luz de las trayectorias y tránsitos que redundan en la intemperie. En esas discusiones volvió a surgir la pregunta de qué académicos son los que pueden, tienen las condiciones, las posibilidades, de cuestionar el modo de escribir dominante. Tiranía del *paper*, de la que cabe renegar, pero que a veces no se puede.

La tercera, **Poner el cuerpo en la intemperie**, también implicó un cruce, un enfrentamiento, entre maneras de ver y hacer la universidad; de la extensión crítica, parte necesaria de la Universidad latinoamericana, que concibe una academia que debe (¿debe?, ¿hay deudas?) comprometerse en el debate público y la búsqueda de hacer justicia, que también puede pasar por complacencia militante. En todo ello tomaron parte el quehacer nuestro y la tan clásica pregunta del «qué hacer», pero formulada de una manera muy crítica, que pone no ya los cuerpos de la calle a la intemperie, sino los de quienes trabajan con ellos (trabajadores sociales) o sobre ellos (cientistas sociales). Todas, todos, en una nueva intemperie. Es un acuerdo que se requieren otras metodologías, quizás también otros lenguajes, pero ¿se reduce a una cuestión de técnica, que se soluciona tomando prestado de otras disciplinas, como las artísticas, para encontrar modos de transmitir la intemperie? Aquí los silencios se impusieron más que las tensiones, en una contención que quizás aplaudía la osadía de esa búsqueda, o tal vez la misma osadía nublaba lo decible y criticable.

La última mesa, **Fabulaciones contra el canon**, se preguntaba algo que atravesaba el conjunto de las sesiones: cómo contar. Trabajamos en torno a los límites y posibilidades de propuestas de escritura que excedían, en algunos casos parodiaban incluso, la escritura de las ciencias sociales. Parecería que el mundo protegido, el que se dio antes de la intemperie, tenía sus lenguajes que le eran justos, ¿son posibles otros lenguajes para el mundo a la intemperie, desaparecido?, ¿puede haber una cultura del lado contrario al de la esfera pública?, ¿puede existir tan siquiera esa otra esfera? Mientras que algunos (pre)textos así parecían afirmarlo, otros se esforzaban en respetar los lenguajes de su

objeto que ahora era un estorbo. Esos esfuerzos, incluso experimentos, no tuvieron siempre los resultados esperados y o bien volvían a lo ya conocido, por timidez, torpeza o costumbre, o se excedían tanto que terminaban siendo incomprensibles.

Identificamos aportes potentes en estas búsquedas y decidimos revisar colectivamente los (pre)textos y realizar una publicación como corolario de este proceso. El resultado es este libro. Sus textos no corrigen del todo las torpezas señaladas, ni otras que detecte quien lo lea, pero sí se ajustaron a lo largo del evento y en su revisión posterior en torno a algunas de estas tensiones de las que venimos hablando.

Escena III.

Un tour, la estructura del libro y algunos artefactos

Como colofón al seminario se propuso, a iniciativa de Elixabete Imaz, un paseo etnográfico por el centro de la ciudad de Montevideo que expusiera a los académicos a la intemperie. El paseo se planificó y desarrolló junto a personas que integran el Colectivo Nitep, con las que colaboramos desde hace varios años y que estaban siendo contratadas en ese momento por la Universidad de la República como parte de un equipo que investigaba la relación entre vivir en calle y trabajo. Ese giro, la incorporación de «los nativos» de la intemperie como personal contratado para este «paseo» como parte de un largo proceso de trabajo conjunto, sentó las bases para una actividad colaborativa.

Alguien podría preguntarse en este punto —como emergió en el momento mismo de desarrollarse la propuesta—: ¿el dispositivo de trabajo «paseo» no sería una frivolidad teniendo en cuenta la seriedad del asunto que tratamos? El paseo, ¿es un mero ejercicio de turismo etnográfico?, ¿es algo preparado para los que vienen de fuera? Los integrantes de Nitep, ¿son informantes, objetos de observación?

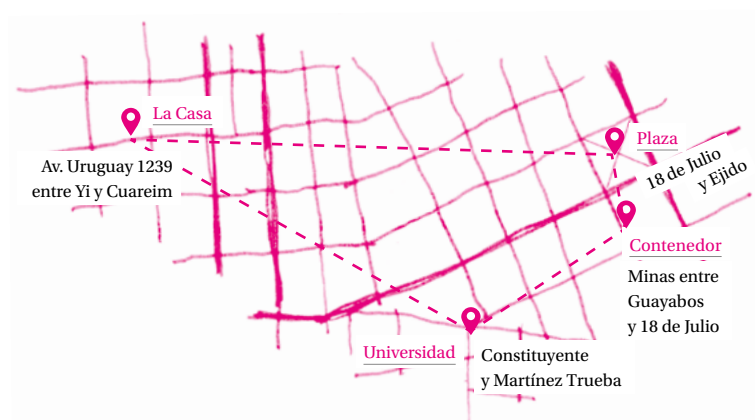
Los académicos que llegan (y los que no) ¿son voyeristas, analistas, informantes? De hecho, en ese proceso de planificación entre actores universitarios y expertos no universitarios la propuesta fue rebautizada: para los habitantes de calle rápidamente se transformó en un *Tour*.

Se trató de una gira por Montevideo que implicó volver al punto de inicio, recorrer la historia del colectivo, cual tour en el que, como dice la etimología, se gira y vuelve, cada viajero-turista-*flâneur* puede elegir cómo presentarse, cambiar de lugar, asomarse a un *otro* que nada tiene que ver con el cotidiano. Este Tour no es estrictamente turístico, exotiza y vuelve objetos de atención recorridos del margen en el centro de la ciudad. Se trata de múltiples desplazamientos que el dispositivo «paseo etnográfico» posibilita. Obliga a exponerse a la intemperie. Los integrantes de Nitep pasan de persona en calle a guías sabios o fotógrafos; de lo descartable a anfitriones de una ciudad nostálgica. Nuestros compañeros de ruta indican el nombre apropiado para la actividad, para sus propias circulaciones, intermitencias *entre* esa forma, casi todo el tiempo al aire libre, de salir y volver a la intemperie. Fue una experiencia exitosa, valiosa y nutritiva; desconcertante, con roles invertidos, llena de sorpresas que confirman que existe un habla, una comunicación, mucho que aprender de la escucha atenta.

La experiencia en sí sirve como inspiración para el diseño del mapa conceptual que organiza este volumen. La estructura del libro resignifica ese recorrido, actualiza en otra clave la cartografía que propuso, y compone sus secciones sobre un mapa con cuatro estaciones que habilitan el agrupamiento por asuntos, tópicos, con atención a la puesta en diálogo de producciones de los distintos equipos y de formas de contar que se complementan por la diversidad de estrategias narrativas. El diseño gráfico acompaña esta apuesta de colaboración sustantiva a fin de permitirnos experimentar transformando los formatos tradicionales en los que comunicamos nuestras producciones. Las páginas cerradas, los planos de fondo, los collages, la incorporación de

cuadros de texto e imagen en diálogo, sin una pretensión explicativa acabada, son parte de la propuesta: el libro como artefacto.

El artefacto *Intemperie* tiene entonces cuatro estaciones inspiradas en el Tour y cuenta con un recorrido geopolíticamente referenciado:



Mapa de las cuatro estaciones.

CASA

La Casa se supone un hogar con la cocina, el fuego, facilitando el encuentro, el despliegue de humanidad. En ese sentido sería el lugar propio, la familia. En cambio, en nuestro tour, La Casa, la primera estación, es un refugio diurno para personas sin hogar.²

-
- 2 En otro texto hemos contado cómo Nitep obtuvo este espacio, ese local cedido por la Intendencia de Montevideo (IM) y le puso ese nombre para habitarlo como sede (Aguar, Montealegre y Rossal, 2023), y cómo luego les fue, lenta, racionalmente, expropiado: progresivamente fue teniendo más sentido que pudieran usarlo más personas, que no tuviese restricciones en la entrada, que hubiera profesionales, finalmente una ONG que lo gestione, que ofreciera servicios, que formase parte

La puerta de La Casa se parece a los portales de los refugios gubernamentales en distintas partes del mundo; implica una frontera plagada de obstáculos que en gran medida son miradas esquivas.



Fotografía Santiago Zorrilla, 2023.
La Casa, Av. Uruguay 1239 entre Yi y Cuareim, Montevideo.

Ángel es nuestro anfitrión en la Sala Julito Ramírez. Presenta al colectivo de «gente de calle» del que fue fundadora y comparte, también, su historia. Eso no fue planificado pero parecía serlo por la sintonía con los intereses y múltiples trabajos de Claudia Fonseca

de los dispositivos del Programa Calle-Drogas de la Intendencia de Montevideo. La biopolítica de la hospitalidad, la gestión de los «problemas de conducta» (como fumar dentro, discutir y pelearse...), se impuso sobre el acontecimiento que significaba un espacio autogestionado. Así, primero era de Nitep todo el lugar, luego el segundo piso, finalmente hasta hace un par de meses una pequeña habitación de nombre Julito Ramírez en honor a un integrante del colectivo que murió de cáncer. Luego, el riesgo de derrumbe obligó a que Nitep dejara La Casa.

sobre la maternidad, el estar en calle, los dilemas éticos del trabajo etnográfico, las políticas que sistemáticamente sustraen a las mujeres sin hogar hijas e hijos a través de perversos mecanismos amparados en garantizarles un Hogar. El primer capítulo abordará este asunto, pero anclado en Brasil, en la investigación tratada en el capítulo Niñas y niños secuestrados: una cascada de desapariciones, de Claudia Fonseca. En ese texto, la antropóloga problematiza diversos modos de apropiación, de expropiación, de infancias, hijos e hijas de madres con vidas descontadas.

Entre las madres de la calle que han perdido el ejercicio de la maternidad o lo llevan como pueden y las madres que habiendo ofrecido una cuna a sus hijos ven que estos terminaron a veces en la calle, en la cárcel o llevando la vida con usos muy problemáticos de drogas, nos encontramos con la acción político-social de organizaciones basadas en el parentesco. Que tienen como figuras emblemáticas a las madres que, sin haber podido cumplir del todo con obligaciones signadas por las moralidades de género dominantes, demandan al Estado el grueso del cuidado. Ponen sus cuerpos, están ahí cotidianamente —las organizadas y las no tanto— al servicio de hijos que se escurren de sus manos y que el Estado más que cuidar, daña (las hijas, las mujeres sueltas que han quedado en la calle, privadas de libertad o con adicciones, no suelen tener quién las cuide) como cuentan Lauren Isach, Sofía Lans, Serrana Mesa, Natalia Montealegre Alegría y Marcelo Rossal en *Madres y Familiares*, entre la organización y la intemperie.

Por su parte, los dispositivos y espacios de atención que buscan acoger, previstos para la protección social, más allá de dónde tengan lugar, de con qué tipo de vidas descontadas lidien, tienen una serie de desafíos formales: un adentro que gestionar, un afuera que administrar, un umbral del que dar cuenta. Hay figuras, principios, argumentos, premisas, intenciones, retos, también incongruencias, límites, imágenes del otro y de sí que esas figuras administran, muchas veces con las mejores intenciones, siempre con cierta imposibilidad,

indecibilidad, indecidibilidad. Sobre estos asuntos que hacen pensar en puertas y bisagras, trata El refugio, un extraño palíndromo que se puede leer tanto de dentro para fuera como de fuera para dentro, el texto de Gabriel Gatti, Ignacio Irazuzta y María Martínez.

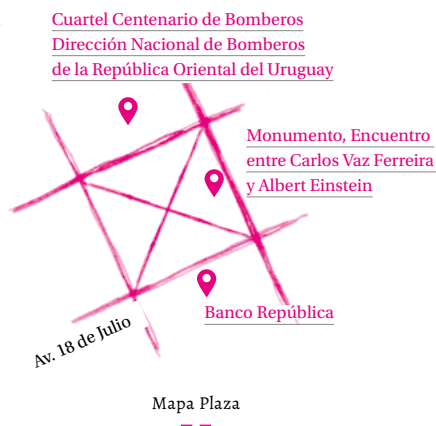
Estas figuras del umbral, que deben enfrentarse a problemas que evidentemente los trascienden, pues son excesivos, globales, locales, presentan además, siempre, una escasez infame de recursos. Ante el fracaso o la imposibilidad de las instituciones de protección del salariado, ante el descrédito de las políticas sociales y las «lógicas» de gestión de la pobreza, entre otras cosas porque fueron pergeñadas en países prósperos y exportadas a circunstancias estructurales muy distintas, se ven obligadas a ofrecer soluciones precarias y a ser el rostro que enuncia que el Estado no tiene la solución, las soluciones, que teóricamente ofrece; que más que una casa, a lo sumo puede ofrecer un galpón, como analizan en Trabajo social a la intemperie Soledad Camejo y Santiago Zorrilla de San Martín.

En el Tour, al salir de La Casa, el equipo expuesto a la intemperie tuvo que «apurar el paso». Las cámaras de fotos resultaron invasivas, los intercambios al costado de la puerta requerían intimidad, como en tantos otros dispositivos de protección del mundo. En Montevideo ese día, caminamos rápido hacia la esquina, sin cruzar la calle, camino a La Plaza.

PLAZA

Una de las primeras actividades de Nitep también tuvo lugar en la Plaza de los Bomberos, como se denomina popularmente a la «de los 33 Orientales», situada entre las calles Colonia, donde se encuentra el cuartel de Bomberos, y 18 de Julio, la avenida más icónica de Montevideo, frente a la monumental sede del Banco de la República (BROU), la institución bancaria más importante de Uruguay, por supuesto estatal.

La plaza ha sido siempre un punto de referencia de las clases populares en el centro de la ciudad. Durante muchas décadas, en esta plaza unos techos habilitaban la venta ambulante y era la única de las plazas principales de esta avenida donde esto sucedía. En la noche y el día se ejercía la prostitución, el trabajo sexual, como les más políticamente correctes de nosotros queremos decirle. En los últimos años la «venta de los cuerpos» se mantiene más oculta en plena intemperie.



Del otro lado de la avenida, el enorme Banco, un ejemplo de estilo internacional de arquitectura moderna, presenta en la entrada una marquesina que cubre toda la cuadra. Bajo ella, junto a los cajeros automáticos y los accesos tiene lugar una gran explanada de mármol, que ocupa un tercio del largo de la fachada. En esa explanada semanalmente había milongas de tango callejeras, típicas de la escena vespertina montevideana; también, encuentros de *break dance*. Y en la noche, cada vez con más frecuencia aprovechando el techo de la marquesina, dormían personas en situación de calle, en una imagen paradójica de las argucias del capital. La institución, recordemos, pública, decidió poner unos conos naranjas que impedían dormir ahí,



Fotografía gentileza del Colectivo Nitep.

y que afectaban, también, a las y los bailarines. La primera actividad de Nitep, entonces, fue una protesta, la protesta de los conos.

Confeccionaron unos conos de cartulina que usaron en la cabeza, y junto a tangueros y raperos bailaron en la tarde. De eso hace cinco años. Al momento del Tour, llegar a la plaza fue revisitar un espacio previo de encuentro entre varias de las personas participantes de la Academia y de Nitep. El intercambio fue frente al árbol próximo al banco-escultura que reúne a Carlos Vaz Ferreira y Albert Einstein, y la conversación partió de lo compartido entre investigadores locales y extranjeros junto a personas de Nitep en el último Encuentro en la Calle (Gatti et al., 2025).

La presencia de vidas descontadas en el espacio público pone de relieve una peculiar relación temporoespacial, cronotópica (Bajtín, 1989). No tener un lugar propio obliga a la movilidad permanente. A su vez, la movilidad permanente de las vidas descontadas se caracteriza por las esperas, lugares *in-between* (Bhabha, 2002), por cierta

errancia, cargando las propias pertenencias pero sin pertenecer, con el ánimo de ilusiones de un porvenir diferente. En las personas migrantes que se mueven para llegar al Norte, a Estados Unidos, que esperan lograrlo, que mientras fracasan en ello aun quietas a su vez avanzan, como en un camino de postas, a un ritmo distinto que el de las avenidas de circulación, se ponen en juego, radicalmente, todas estas paradojas. Los aparentes oxímoros se vuelven plausibles, como plantean en Tránsito quieto Ignacio Irazuzta y Daniela Rea.

La duda de si es posible el diálogo, si la plaza pública puede ser el locus de cierta acción comunicativa, de la conversación entre «pretensiones de validez susceptibles de crítica», si se trata de retazos inconexos o parte de un cierto *patchwork*, permanece abierta. A veces no es posible hablar, las situaciones resultan inefables. Otras veces sí se puede, aún en fragmentos, aun de forma provisoria, en procesos que deben enraizarse en acumulaciones de trabajo respetuoso, con un tronco de experiencias compartidas que se ramifican en situaciones que pueden llegar a dar fruto, o no. Porque la vida se debe sostener. Ese es un mínimo común denominador que podría permitir establecer puentes, transformar el árbol en un lugar para dormir, o en un armario, como pasa en Campamentos en la intemperie e instauración de lo cotidiano, de Sebastián Aguiar, Eloisa Ibarzabal y Cecilia Matonte.

No son novedosas estas disyuntivas, menos en estas tierras, como lo evidencian Bartolomé de Las Casas (1552) al tratar la humanidad del otro y su relación con las posiciones dominantes, Calibanes (Rodó, 1900) y Facundos (Sarmiento, 1845). Son asuntos que mantienen la más radical actualidad pero se trasuntan hace siglos, con la pregunta de si «puede hablar el subalterno» como atestado fundamental. Antes de Spivak (2003), junto a ella, cabe preguntarse en qué medida, de qué forma tiene lugar esta posibilidad de la palabra, de la comunicación, si las voces son las propias o han sido parcialmente expropiadas, modificadas, «traicionadas» por los letrados, o si existe una esfera de lo

popular, donde estas voces tienen una emisión, una recepción, un espacio propio de acción y habla, un banco en el que asentarse, desde el que observar, como plantea Gustavo Remedi en ¿Representar la precariedad? Del espejo ajeno a la plaza.

Lo popular del baile que se rememora durante el Tour en la explanada del Banco República pierde lustre en la descripción del uso del rincón por donde sale aire caliente del sistema de calefacción tanpreciado para las personas en calle durante el invierno.

CONTENEDOR

A lo largo del Tour, caminando, una imagen se nos impuso. Unas piernas, pataleando, sobresalían de un gran contenedor verde de basura. No es una escena infrecuente en la ciudad, donde miles de personas, en particular en asentamientos irregulares, viven de la clasificación de residuos. Como cuenta Lucía Fernández (2019), en 2004, la Intendencia Municipal de Montevideo, decidida a transformar el sistema de recolección de residuos por el «más moderno y limpio del mundo», según señalaban las autoridades del momento, cambió las bolsas por contenedores más grandes, dotados de un dispositivo en la parte superior que se cierra automáticamente. Ahora los clasificadores deben introducirse por completo en los contenedores usando un dispositivo que impida el cierre de la tapa, que fue diseñada para cerrarse de manera automática una vez colocada la bolsa dentro. Cuando el sistema estaba comenzando a implementarse, un grupo del Sindicato de Clasificadores se enfrentó a la Municipalidad preguntando cómo iban a poder trabajar dadas las difíciles condiciones derivadas del nuevo sistema. Según los clasificadores, la idea de «poner un palito abajo de la tapa» fue propuesta por los propios funcionarios municipales en respuesta a las demandas del sector (Fernández, 2019). Pero en los hechos, la escasa abertura del recipiente obliga a los clasificadores a introducirse desde arriba, hundirse en la basura de cabeza por el pequeño orificio.

En las conversaciones con Nitep hemos aprendido que «el shopping de la volqueta» permite saciar el hambre y «hacer cambalache», conseguir cosas para su reventa y hacer unos pesos. También nos enseñaron las técnicas corporales para entrar y salir con seguridad. El contenedor no está colocado en solitario, sino de a dos o tres, y entre ellos puede conseguirse por momentos algo de intimidad para orinar. El baño, el inodoro público, en la ciudad de Montevideo es un lujo, un bien escaso, deseado, necesario; en Uruguay, sin embargo, como en muchos países, orinar en la vía pública es un delito, de esos que parecen pensados para criminalizar la pobreza. Hay reivindicaciones en torno al derecho a su acceso y tránsitos inesperados. Se ha dicho que los baños, el saneamiento, la evacuación de la mierda, recorre inadvertida los subsuelos de nuestras ciudades, como el inconsciente en nuestras culturas (Lacan, 2006). Sobre este asunto escribe Gerardo Sarachu, en *Existencias descontadas en los baños*. En un giro particular, una política pública de «trabajo protegido», pone a personas en situación de calle, a propuesta de ellos mismos, a limpiar los baños públicos de la ciudad.

Dos cosas, la cárcel y la extrema pobreza, corren juntas y solapadas en una inextricable violencia, llena de *feedbacks* y distorsiones, que suele acompañar a las personas desde su infancia, entre hogares violentos, situación de calle y celdas. En *Caminos repetidos de violencia, calle y prisión*, Fiorella Ciapessoni describe la gravedad de estas retroalimentaciones y sus efectos en las trayectorias de las personas desde la infancia. Al hacerlo evidencia también la dificultad de dar cuenta de ello, en un contrapunto entre el enfoque académico aséptico, que busca acumular en el debate especializado pero que debe conformarse con una exterioridad, que reitera lo mismo sin poder del todo dar cuenta de la magnitud de lo que pasa, y el enfoque del testimonio, como desgarrador aullido, inconmensurable pero a la vez único, ineluctablemente situado.

A quien corresponda, de David Casado-Neira, Gabriel Gatti, Ignacio Irazuzta, Carolina Kobelinsky y María Martínez, se enfrenta a

un problema parecido, los límites de la escritura académica, y ensaya otra respuesta. La sucesión de epístolas y datos articula la ironía sobre el trabajo en equipo y las confidencias que supone, con la dureza de los datos que van dejando sin palabras a las investigadoras. En el capítulo, las cartas van y vienen desde diferentes partes del mundo en torno al objeto global de la desaparición y las posibilidades de contarlos. Es otro idioma, otro medio, también viejo, pero que se presta a poner *en juego* el diálogo sobre las experiencias, los hallazgos, las reflexiones acerca de las desapariciones, los cuerpos, las muertes, las ausencias. Estas cartas contienen desbordes, podrían ir ensobradas, con sellos de origen y remitentes, entrar a buzones, contenedores más ilustrados porque cargan únicamente palabras.

Desde ese punto inesperado del Tour, partimos a una sede universitaria punto de origen de nuestros encuentros.

UNIVERSIDAD

La Universidad es el último apartado del libro; también fue, en el Tour original, la estación, el punto de partida y de llegada, concretamente el local de la Facultad de Ciencias Sociales. Donde nació Nitep y el equipo de Trayectorias, donde nos reunimos a discutir con el equipo ViDes allá por junio de 2023. Donde se forman sociólogas, trabajadores sociales, científicas políticas y quienes se interesan por estudiar el desarrollo... no es La Universidad toda, pero pertenece a ella, es un pedazo del «templo del saber».

Como se cuenta en varios de los trabajos, en el invierno de 2018 decenas de personas en situación de calle comenzaron a utilizar durante el día las instalaciones de esa Facultad: calefaccionadas, luminosas, con baños, céntricas, teóricamente públicas. En particular, una sala de informática con decenas de computadoras, en un primer piso donde además se encuentran unas cómodas mesitas con bancos, una mesa de ping pong y el salón del Centro de Estudiantes de Ciencias Sociales (Cecso). En las mesitas, jugando,

conversando, tomando mate con el agua caliente que se conseguía en la sala gremial, pasaban las largas y oscuras horas invernales. La escena era inusitada, pero el incremento del número de personas fue gradual, menos advertido quizás por las y los docentes, ya que subían desde la planta baja en ascensor sin pasar por el primer piso ante las y los funcionarios de vigilancia, quienes debían garantizar la seguridad, pero no tenían las potestades ni la capacidad de echar a nadie que no traspasara ciertos límites de conducta, y por los estudiantes que pasaban también el rato allí y compartían el espacio cotidianamente.

El asunto tomó estado público, lo que empujó a un debate mediático con una retórica encendida, donde distintos medios de comunicación cuestionaban en sus editoriales los modos de hacer de la Facultad y la Universidad defendiendo un derecho a estudiar supuestamente impugnado por esos hechos y proponían la expulsión de los «indigentes», centrando la imagería escandalosa en que cagaban y meaban en los pasillos (en realidad ocurrió una vez, una sola persona en un ataque de epilepsia), en los olores, en el despropósito de que una casa de estudios albergara esos «externos».

Efectivamente, la universidad y la academia no son del todo hospitalarias. No dan ni una mano, ni voz, a muchos y muchas, como pone de relieve Noelia Correa García en Enunciaciones a la intemperie, en relación al soslayamiento de las voces y las reflexiones de las mujeres, que durante mucho tiempo han quedado fuera de la producción académica *mainstream*. Ni, mucho menos, saben cómo acompañar, cómo poner el cuerpo, cómo poner la oreja, como cuentan en (Des) bordes del acompañamiento encarnado: tramas comunitarias que sostienen la vida Dulcinea Cardozo, Alejandro Guevara, Tacuabé González, Sofía Benech y Emiliano Urtiaga, que se acercan a la dificultad y la potencia del acompañar, de atender a la escucha, mostrando la producción conjunta y otras formas de estar, de producir y hacer comprender, textuales, artísticas, dibujadas.

Así, poniendo en cuestión la pluma académica a partir de un interjuego-intertexto del que participan distintos investigadores, en Un paseo breve por París, entre expectativas (frustradas), espectáculos (engañosos) y especulaciones (imprescindibles para conocer la vida a la intemperie), Gabriel Gatti, Elixabete Imaz y Carolina Kobelinsky dan cuenta de otro paseo etnográfico, esta vez un *tour* en París con la pretensión de ir a observar a los excluidos. En el capítulo se preguntan, finalmente, sobre qué se encuentra al buscar, y destacan la importancia de lo imprevisto, de las trazas de la intemperie que dejan los viejos parques, de la necesidad de registrar los contrapuntos, la serendipia, las tachaduras.

Más allá de las agrupaciones de los capítulos en ese mapa conceptual con cuatro estaciones, los textos del libro se cruzan en muchos aspectos unos con otros. Desde el equipo a cargo de la edición resolvimos incorporar notas (N. de E.). Se trata de una suerte de subterráneo de sentidos sobre parte de los temas que nos convocan. No se pretende indicar todas las relaciones posibles, solamente dar pistas, señales de encuentro y desencuentro, ofrecer algunas claves de lectura, aportar pistas sobre nuestros intereses sin afán de completitud. Una invitación a seguir pensando.

Sebastián Aguiar, Gabriel Gatti, María Martínez,
Natalia Montealegre Alegría y Marcelo Rossal





1. HOGAR.

Niñas y niños secuestrados: una cascada de desapariciones

CLAUDIA FONSECA

Refugio (?)

El novelista sudafricano J. M. Coetzee ha construido su última trilogía (*La infancia de Jesús*, 2013) en torno a una extraña familia: un hombre adulto y el niño preadolescente que lleva consigo. A lo largo del texto, el personaje del hombre está siempre dejando claro, a quien quiera escucharlo, que el joven no es su hijo. Más extraño aún es el pasado completamente nebuloso de estos dos —aparentemente refugiados de alguna situación catastrófica (nunca dilucidada), llegados a algún país mal definido— que no guardan ningún rastro de un vínculo o identidad anteriores. Son viajeros sin biografía, sin explicación del vínculo que existe entre ellos, en definitiva, sin más historia que la inventada por los interlocutores del refugio en el que viven —competentes, pero completamente despersonalizados—. Independientemente de las posibles lecturas de este escenario, el lector siente, junto con los personajes, un profundo malestar ante tantas preguntas sin respuesta, ante tanto anonimato.

Menciono aquí la obra de Coetzee por el paralelismo que veo entre la situación vivida por sus protagonistas y el sentimiento expresado